

ENTRADA A JERUSALÉN:

DOMINGO DE RAMOS [287]

Contemplación – 2025

INTRODUCCIÓN.

Queridos ejercitantes, con este Ejercicio que les toca hacer ahora, damos entonces por cerrada la Segunda Semana de los Ejercicios Ignacianos, y vamos a entrar en la Tercera. Por eso, es un buen momento para examinarnos sobre los frutos, a ver qué frutos teníamos que alcanzar en esta Segunda Semana, y a dónde nos lleva ahora el Señor en esta Tercera Semana.

La Segunda Semana es central en el esquema ignaciano. Es un tiempo para **la imitación práctica** de Cristo. El ejercitante **debe responder**, no ya con emociones, con deseos, que también, sino **con propósitos, con decisiones concretas, personales y eficaces**.

San Ignacio quiere que pasemos de las fórmulas al corazón, y del corazón ahora a las obras. Por eso esta Semana se dieron las **elecciones**, por eso en esta Semana se empezó a ver lo que es la reforma de vida, y tantos otros Ejercicios muy importantes.

Entonces la pregunta, esa: «¿**Qué he de hacer por Cristo?**», **ya no puede quedar sin respuesta**. Ahora toca decir con el corazón y con las obras: “**Señor, aquí estoy, hágase Tu Voluntad en mí**”.

El Santo nos lleva a mirar a Cristo desde cerca: en su vida concreta, en su trato con las personas, en sus obras, en sus gestos cotidianos. No se trata de admirarlo de lejos, sino de **imitarlo, amarlo**, y sobre todo, **conocerlo internamente**, como repetimos cada día: “para que más le ame y le siga”.

Hemos sido invitados a **configurar nuestra vida con la suya**, a “conformar lo reformado”: es decir, después de haber reformado lo deforme en la Primera Semana, ahora se trata de darle forma según el modelo de Cristo. Y ese conocimiento interno no es un ejercicio intelectual: es un conocimiento que transforma la voluntad. Cristo no se nos presenta aquí en abstracto, sino como alguien a quien es posible **mirar, oír, seguir e imitar en lo concreto**.

Entonces, con este Ejercicio, que está en el número [287], que es sobre el Domingo de Ramos, esa entrada de Cristo en Jerusalén, se abren las puertas a la Contemplación de la Pasión. Pero no se hace de golpe.

Esa entrada en Jerusalén, es solemne, es triunfal; sin embargo, bajo de todo eso está la Cruz. Como dice San Ignacio el alma está ahora llamada no sólo a imitar a Cristo, sino a identificarse con Él; y esa identificación pasará por el camino del dolor, de la humillación.

Ya no se trata de contemplar a Cristo, **se trata ahora de entrar en Él, de padecer con Él, de amar con Él.**

Este es el fruto que nos espera entonces en la Tercera Semana; y para eso, el Señor nos concede este Ejercicio intermedio del Misterio del Domingo de Ramos; una contemplación que nos prepara para lo que viene, para acoger con amor y con lucidez la Cruz.

Entonces, hoy vamos a ver a Jesús entrar en la Ciudad Santa y pronto lo vamos a ver caer bajo el peso de los pecados. Pero antes que eso el Padre nos concede verle como Rey humilde, recibido entre palmas y vítores, para que deseemos seguirlo aun sabiendo que ese camino lleva al Calvario.

Entonces, los invito a entrar en este Ejercicio con el alma bien abierta, con mucha generosidad; agradecidos a Dios por todo lo recibido durante estos Ejercicios y decididos a dar una respuesta.

Dispuestos a unirnos con Cristo no sólo en la gloria, como lo vamos a ver hoy, sino también adonde va, hacia el dolor, hacia el Calvario. Pidamos al Señor con toda el alma «**Conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga**».

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

[287] DOMINGO DE RAMOS, MATHEO, CAPITULO 21, 1-17.

1° Primero: el Señor envía por el asna y el pollino diciendo: *(Desatadlos y traédmelos; y si alguno os dixere alguna cosa, decid que el Señor los ha menester, y luego los dexará).*

2° 2°: subió sobre el asna cubierta con las vestiduras de los apóstoles.

3° 3°: le salen a recibir tendiendo sobre el camino sus vestiduras y los ramos de los árboles y diciendo: *(Sálvanos, Hijo de David; bendito el que viene en nombre del Señor, Sálvanos en las alturas).*

La historia: (Mt 21,1-17).

«Cuando se aproximaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, en el monte de los Olivos, envió Jesús a dos discípulos con este encargo: “*Id al pueblo que tenéis enfrente, y enseguida encontraréis un asna atada y un pollino con ella. Desatadlos y traédmelos. Y si alguien os pregunta algo, decid: ‘El Señor los necesita, pero enseguida los devolverá’*”. Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta: Decid a la hija de Sión: Mira tu Rey viene a tí, manso y montado en un asna y un pollino, hijo de animal de yugo.

Fueron, pues, los discípulos e hicieron como Jesús les había encargado: trajeron el asna y el pollino. Luego pusieron sobre ellos sus mantos, y él se sentó encima. La gente, muy numerosa, extendía sus mantos por el camino; otros cortaban ramas de los árboles y las tendían por el camino. Y la gente que iba delante y detrás de él gritaba:

«Hosanna al Hijo de David!

¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

¡Hosanna en las alturas!»

Al entran él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió. “¿Quién es este?”, se preguntaban. Y la gente decía: “Éste es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea”.

Entró Jesús en el Templo y echó fuera a todos los que vendían y compraban en él; volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas. Y les dijo: “*Está escrito: Mi casa será llamada Casa de Oración. ¡Pero vosotros estáis haciendo de ella una cueva de bandidos!*” También en el Templo se acercaron a él algunos ciegos y cojos, y los curó. Mas los sumos sacerdotes y los escribas, al ver los milagros que había hecho y a los niños que gritaban en el Templo: “Hosanna al Hijo de David”, se indignaron y le dijeron: “¿Oyes lo que dicen éstos?” “*Sí - respondió Jesús-. ¿No habéis leído nunca que de la boca de los niños y de los que aún maman te preparaste alabanza?*”

Y dejándolos, salió de la ciudad camino de Betania, donde pasó la noche».

Petición:

[104] **Será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.**

CRISTO SABÍA.

Entonces, como un punto introductorio quería que reflexionemos -que nos va a ayudar para toda esta Semana Santa, para toda esta Tercera Semana de Pasión- este pensamiento: **Cristo sabía.** Hay algunos teólogos herejes que decían que Jesucristo no sabía que era el Hijo de Dios, “que se fue dando cuenta, que lo fue descubriendo...”. Ciertamente que eso no es así. Los Evangelios no dicen eso.

«Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas». (Mt 16,21).

Jesucristo sabía.

«El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres; lo matarán, mas a los tres días de haber muerto resucitará». (Mc 9,31).

El mismo San Marcos, un poco más adelante:

«Ya veis que subimos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y escribas. Lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos; se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán. Pero a los tres días resucitará». (Mc 10,33).

Cristo sabía.

Sabía todo lo que venía y lo aceptó libremente, lúcidamente, amorosamente.

Hoy, Domingo de Ramos, el Señor entra a Jerusalén. No huye. En cuatro días lo van a matar en esa ciudad. No se esconde, no disimula. Va al encuentro de la Cruz como quien va al encuentro de su amada. Y esa entrada, que a primera vista parece una escena triunfal, casi festiva, Cristo está diciendo sin palabras: «No hay redención sin sufrimiento; ni gloria sin humillación; ni amor verdadero sin Cruz».

Jerusalén, esa ciudad que apedrea a los profetas, afila su odio, se prepara para rechazar a Dios. Y Él, Cristo, sabiendo todo entra igual montado en un burro, con el Corazón expuesto.

Porque el Amor verdadero no se retira, aunque sepa que va a ser traicionado.

El Buen Pastor no huye, aunque ve venir el lobo.

El Hijo del hombre no negocia el Plan del Padre: lo abraza, lo encarna, lo cumple. Cristo sabía y aun así fue. Por mí.

PUNTOS

Tres puntos. El primero: Jesucristo. Lo vamos a ver a Él entrando en Jerusalén con los Apóstoles. El segundo: vamos a contemplar a la gente, qué dicen, qué hacen. Y, por último: alguien que no está en esta entrada triunfal.

PRIMER PUNTO.

Contemplemos a Jesús que va bajando desde Betania, acompañado de los Doce. La ciudad está muy alborotada, son los días de fiesta. También hay clima de sospecha, los peregrinos llenan las calles, los fariseos planean cómo matar a Cristo.

Y en medio de eso aparece Él. Sereno. Decidido. Montado en un borrico.

En Su rostro no hay agitación, no hay temor, no hay desafío.

Y no es una entrada cualquiera. No es una procesión política ni un desfile de conquista como la de los romanos. Es un Rey que no parece Rey, rodeado de gente que no parece un ejército, avanzando hacia una ciudad que lo va a matar, y sin embargo entra.

Es la ironía más gloriosa que haya pisado la Historia: el Señor de los Cielos cabalgando en un animal de carga, sobre una improvisada montura hecha con mantos ajenos.

¿Quién organiza así su entrada triunfal?: Sólo un Dios que no se avergüenza de ser manso.

Todo está previsto, no se le escapa nada. Da las instrucciones detalladas: ¿Dónde van a encontrar la burra con su pollino?, ¿qué decir si alguien les pregunta? Parece todo frágil, casi ridículo. **Y los Apóstoles obedecen. No entienden, pero obedecen.** Y eso es lo que los hace grandes. No pidieron explicaciones.

Ya podemos ir aplicando esto en nuestra vida personal: ¿Cuántas veces me cuesta a mí obedecer a lo que me pide Dios? Hay obediencias que se entienden después, como ésta. Hay unas que no las vamos a entender nunca, sólo en el Cielo. Porque **la obediencia que salva es la que se hace por amor, no por claridad.**

Jesús sabía con precisión dónde atarían a la burra y su cría, quién les iba a preguntar. ¡Cómo no iba a saber con esa misma exactitud divina lo que le esperaba en el Calvario!

Y sin embargo va. Va sabiendo todo. Va queriendo todo.

Fulton Sheen escribió que esta entrada de Jesús en Jerusalén, montado en un asno, saludado por los niños, debió parecer cómica a Poncio Pilatos. “¿Éste es el Rey?”, habrá pensado. ¿Éste es el Mesías?

No había soldados, no había estandartes, no había trompetas. Había una burrita, un grupo de pescadores y algunos mendigos gritando: «Hosanna».

Pero Pilatos no supo ver lo esencial. No supo ver que **este Rey sí venía a conquistar, pero no los reinos, sino los corazones. Sí venía a reinar, pero desde una Cruz. Este Rey iba a tener una corona, pero era de espinas.** Iba a ser exaltado en una Cruz. Desde allí iba a atraer a todos hacia sí; pero no por fuerza, sino por amor.

¡Cuánto entonces qué aprender nosotros del amor humillado, del amor sangrante, del amor que nos impone y que por eso convence! Montar en un asno prestado, tener por escolta a rudos galileos, ser aclamado por niños y marginados: Ya eso lo dice todo. Este «Reino no es de este mundo» (**Jn 18,36**). Este Rey no necesita parecer Rey porque realmente lo es. El que tenga ojos para ver que lo vea.

Entonces podemos preguntarnos, poner esto en oración:

- * ¿Soy capaz yo de obedecer cuando no entiendo, sólo porque el Señor me lo pide?
- * ¿Cómo es mi mansedumbre?
- * ¿Obedezco cuando no entiendo o pido siempre garantías? (“¡Oh! Bueno. Me das esto, entonces yo voy a cumplir tal cosa”).
- * ¿Cuánto me cuesta seguir a Cristo cuando su camino no parece razonable, ni práctico, ni exitoso? (Qué poco práctico a veces nos es el Evangelio).
- * ¿Acepto hacer el ridículo por ser cristiano en el mundo que se ríe de la Cruz y se burla del amor que se humilla?

Bueno, con estas preguntas entonces ver qué me responde Cristo contemplado en este Misterio y ver qué le respondo yo.

SEGUNDO PUNTO.

El aplauso de los hombres y cómo se ve la inconstancia del corazón del hombre.

La multitud grita: «*¡Hosanna al Hijo de David!*».

Le tienden los mantos, van cortando ramas de árboles. Mucho entusiasmo. Lo reconocen como algo grande, como algo mesiánico, como algo divino. Y Jesús lo acepta. No lo necesita, pero lo acepta.

Jesús no es insensible, pero no se alimenta de eso; porque Él conoce bien lo que hay en el corazón del hombre.

Hoy gritan «*¡Hosannas!*», y en unos días van a gritar «*¡Crucifíquenele!*» Y fíjense cómo va a cambiar en cuatro días la escena:

Hoy tienden mantos; mañana lo van a despojar de los propios mantos a Cristo. Hoy lo reciben como Rey; mañana lo expulsan de la ciudad, lo sacan afuera como un blasfemo. Hoy lo rodean con palmas; mañana lo rodearán con lanzas. Hoy está el entusiasmo; mañana la traición.

Y, sin embargo, Cristo no se deja confundir. Cristo va.

Su Gloria no se mide por los aplausos, sino por el amor entregado. La multitud que agitó ramas de olivo pronto va a agitar los puños pidiendo la Cruz. Los mantos extendidos serán reemplazados por los látigos, los clavos.

¿Qué es lo único que permanece igual en estos pocos días? **El corazón de Cristo, el amor de Cristo por nosotros.** No hay gloria más alta para el corazón que amar de verdad y amar es sacrificarse.

San Pedro Julián Eymard¹ dice: «Toda la gloria del amor está en entregarse». Y lo demuestra Jesucristo; porque **la Gloria del Amor Encarnado es el Calvario.**

Entonces, contemplar ahora este Misterio de la entrada de Jesús en Jerusalén; y toda esta semana, toda la Pasión.

Viendo eso, cómo el corazón de Cristo no cambia, nos ayuda mucho, por ejemplo, para evitar ese error que muchos cristianos cometen de pensar que tal vez la Pasión fue un error, que fue un accidente triste, una tragedia, que si se pudiese evitar hubiese sido mejor, el Calvario no debió suceder, como que Cristo se descuidó en ese momento, como que la Cruz es un error. ¡Y eso no es así! **La Pasión no es un error, es un Plan.** No es la interrupción del reinado de Cristo, **es la puerta.** No es una tragedia, **es la victoria de Dios bajo la forma de derrota.** No hay nada improvisado. Nada se escapa de la mirada del Hijo ni de la Voluntad del Padre.

Por eso quienes dominan la escena, ahora Cristo sobre esa borrica, y toda la semana, no son ni los fariseos, ni la gente que lo aclama, ni los soldados, ni el Sanedrín, ni Pilato; sino que son **el Padre Eterno que lo entrega y el Hijo que se entrega.** Y todo lo demás, todo es instrumento.

Por tanto, reflexionar, preguntarme:

- * ¿He aclamado al Señor con palabras y lo he traicionado con las obras?
- * ¿He sido inconstante con Jesús?
- * ¿He sido de esos discípulos que hoy están entusiasmados y en tres días lo abandonan?
- * ¿Busco a Jesús por lo que Él me da?
- * ¿Qué queda de mi fe cuando desaparecen estas palmas y estos vítores?

¹ SAN PEDRO JULIÁN EYMARD, *Obras Eucarísticas.*

TERCER PUNTO.

¿Quién no está en esta entrada a Jerusalén? ¿Quién no aparece?

La Virgen María es la gran ausente de este triunfo. No está la Virgen. En medio del bullicio, del canto de las palmas, no está. Ella que estuvo en el pesebre, que va a estar en unos días al pie de la Cruz, ahora no aparece.

¿Dónde está la Virgen? No la vemos entre la multitud. No corre a colocarse en un lugar de honor o que la saluden porque va Su Hijo que está entrando como un Rey. No aparece. Y ese “no aparecer” es más fuerte que mil discursos, porque María, cuando se oculta nos habla; cuando calla, nos enseña.

Quiso Cristo entrar solo. Solo. Rodeado de un pueblo que no entiende, pero solo. Solo, aunque victoriado. Pero solo.

Entonces a su Madre la quería oculta. La va a querer pública al pie de la Cruz; pero ahora Ella acepta con la misma paz, con igualdad de ánimo, los dos Misterios. Porque el lugar no lo decide Ella, lo decide Él.

María es la gran Maestra del Silencio, del Amor que no necesita cámaras ni luces; del servicio sin ruido, de la gloria sin aplauso.

Si Cristo entra en Jerusalén como Rey manso, María es la Reina escondida que no se roba la escena, sino que la sostiene detrás.

Ella sabe que su centro es Cristo.

No necesita ser vista, porque vive para que sea visto Él.

Y así con ese silencio nos enseña.

Nos enseña que se puede amar sin figurar, que se puede servir sin ser aplaudido, que se puede ser fecundo desde el anonadamiento.

Nos enseña que la santidad pasa, muchas veces, por la puerta más baja, porque la gloria verdadera no siempre suena ni brilla. Ella es la que más merecía este cortejo, esta entrada triunfal y se retira.

Y al hacerlo nos muestra el camino más alto: **el de la humildad invisible, el de la obediencia sin teatro.**

Mientras todos miran a Cristo entrar como Rey, María lo contempla en su corazón, sabiendo que este es sólo el primer acto y que el segundo será mucho más oscuro, más glorioso, mucho más redentor.

Por eso preguntarnos, reflexionar:

- * ¿Qué lugar ocupa en mi corazón el deseo de ser visto, de ser reconocido, de ser tenido en cuenta?
- * ¿Me atrevo a seguir a Cristo en lo escondido, en lo oscuro, en lo que no se nota, como la Virgen?

- * ¿Lo he intentado?
- * ¿Soy capaz de servir sin que nadie me vea?
- * ¿De amar sin recibir un solo aplauso?
- * ¿Entiendo que muchas veces lo más fecundo es lo más oculto?

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Terminar con un coloquio con Nuestro Señor.

Adorar a Cristo.

Agradecerle que haya venido a nosotros lleno de mansedumbre en este Misterio de la Encarnación, que se dirige ahora también, manso en la entrada a Jerusalén y que todos los días viene manso a nosotros, entre nosotros, en la Comunión.

Agradecérselo y **pedirle la gracia de una constancia inquebrantable en Su amor** para que podamos seguirlo en la Cruz y glorificarlo eternamente.

Por eso, a modo de oración como para concluir, digamos esto:

Señor Jesús, que entraste en Jerusalén para dar la vida por mí,
haz de mi alma un templo puro donde puedas descansar.
Arranca de mí el orgullo, la tibieza, la falsedad, la inconstancia.
Dame la gracia de acompañarte en Tu Pasión
y de reconocerte como Rey, incluso cuando estés cubierto de sangre.
No permitas que me separe de Ti,
y haz que toda mi vida sea un «*Hosanna*» verdadero
que no se apague cuando llegue la Cruz.
Amén.

En Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.